

# SERMÓN 9 DE OCTUBRE DE 1915

Por el Prior D. Francisco Solís y Pedraja

Entre las devociones con que el pueblo cristiano honra y venera a la augusta Madre de Dios, la Santísima Virgen María, merece el Santo Rosario un puesto de preeminencia y de honor por su antigüedad, por su origen, por su arraigo en las costumbres cristianas y piedad popular, por su eficacia y por su autoridad.

El Santo Rosario data del siglo XIII de la Iglesia; fue inspirado por la Santísima Virgen al esclarecido fundador de la Orden de Predicadores y glorioso compatriota nuestro Santo Domingo de Guzmán; se extendió con rapidez asombrosa por toda la cristiandad llevando a todas partes la pureza de costumbres y el amor a María; se apoderó del corazón del pueblo fiel hasta el punto que hubo tiempo en que el Santo Rosario se rezaba en todos los hogares cristianos todos los días; los Romanos Pontífices lo enriquecieron con multitud de gracias y privilegios, y los muchos y grandes favores por él alcanzados del Cielo en el transcurso de los siglos, dan público testimonio de que la Santísima Virgen tiene como vinculada al Santo Rosario su más poderosa y especial protección.

Es, por consiguiente, el Santo Rosario, lo que pudiéramos llamar una devoción clásica de la Iglesia, que lleva como distintivo y carácter singular el ser una devoción eminentemente española y un arma poderosa de combate que, esgrimida por la Iglesia contra el error, ha conseguido los más lisonjeros triunfos sobre los enemigos de la sociedad y de la Religión.

Escuchad si no a grandes rasgos su historia:

A fines del siglo XII y principios del XIII tomó grande incremento en el Mediodía de Francia la herejía de los albigenses. Eran estos herejes una especie de modernos doctrinarios que negaban la eficacia de los Sacramentos, el valor de los Sufragios, el origen y constitución divina de la Iglesia y el derecho de propiedad. Eran hombres de ideas y de acción; eran herejes y revolucionarios.

Estos fueron los hombres contra quienes Santo Domingo de Guzmán esgrimió las armas de su esclarecido ingenio y de su ciencia nada vulgar; y aunque sobre ellos obtuvo señalados triunfos porque con sus razones y admirable elocuencia les hacía enmudecer y los obligaba a callar, los herejes no se convertían. Antes al contrario, cada vez más obstinados en sus errores, con más furor perseguían a la Iglesia y a la Religión. Entonces fue cuando el Santo acudió a la protección de la Santísima Virgen, y esta tierna y bondadosa Madre se le aparece un día cuando estaba haciendo oración, le instruye acerca

del modo cómo había de predicar la devoción del Santo Rosario, y le dice que aquella era el arma con la que había de triunfar de sus enemigos.

A partir de esta fecha (año 1208), Santo Domingo, en vez de entablar polémicas y disputas, se consagra a predicar la devoción del Santo Rosario, según se lo había revelado la Santísima Virgen, y el éxito fue tan completo que en poco tiempo tuvo el consuelo de ver convertidos más de cien mil herejes.

En tiempos posteriores, por la virtud y eficacia del Santo Rosario, las armas cristiana consiguieron señalados triunfos sobre los enemigos de nuestra fe, en Temesvar, en Hungría, en Corfú y principalmente en Lepanto.

No es, pues, extraño que la Iglesia, nuestra Madre, y su cabeza visible el Romano Pontífice, que desde la altura del Vaticano divisa cual ningún otro hombre en la tierra los senderos por donde la sociedad camina, los errores que la invaden, y los males que la aquejan, al ver la Religión locamente combatida y la sociedad seriamente amenazada por los errores modernos compendiados en ese sistema doctrinario de nuestros días que se llama socialismo, haya levantado su voz autorizada para recomendar la devoción del Santo Rosario, esa devoción que, puesta en práctica por la Iglesia en tiempos semejantes y muy parecidos a los nuestros, obtuvo tan señalados triunfos sobre los enemigos de la sociedad y de la fe.

Y ved indicado el pensamiento de mi discurso: “El Santo Rosario remedio eficaz contra los errores del socialismo”.

Para que yo tenga acierto en la exposición de mi doctrina ayudadme a implorar los auxilios de la Divina gracia, poniendo por intercesora a la Santísima Virgen, a quien reverentes saludaremos con las palabras del Arcángel: Ave María.

Al pretender hablaros del socialismo en esta mañana, comprenderéis que no he de tratarlo bajo su aspecto económico y político, o sea, en cuanto que es una agrupación de hombres, una fuerza viva de la sociedad, que aspira a intervenir en la Administración de los pueblos y a mejorar la situación económica del obrero. Desde este punto de vista el socialismo tiene todos mis respetos, tiene todas mis simpatías, todos mis amores y todos mis afectos; porque obrero soy también yo, hijo de la pobreza y sombra de un taller; que vivo de mi propio esfuerzo, de las fatigas y sudores de mi cargo, de este cargo que se ha designado confiarme el Divino Obrero de Nazaret.

Hablo del socialismo como sistema doctrinario; del socialismo ateo y revolucionario que empieza por negar a Dios y acaba por proclamar como justa y legítima la destrucción de la sociedad. Hablo del socialismo que no puede soportar el yugo de la Autoridad, ni la

ley del trabajo, y aspira a suprimir en el mundo la pobreza, mediante la nivelación del capital. Hablo del socialismo que abomina del sufrimiento y el dolor y aspira a hacer de la vida un continuo goce del placer grosero y sensual. Hablo del socialismo que no quiere oír hablar de dogmas, ni de moral, ni de religión, y aspira a quitar de los pueblos el sacerdocio y la Iglesia. Hablo, en fin, del socialismo que proclama la bondad nativa del hombre y aspira a levantar sobre las ruinas de esta sociedad, según él, más constituida, una sociedad nueva sin Autoridad, sin ley, sin familia, sin religión y sin Dios.

Este es el socialismo de que yo voy a tratar y al cual opongo, como remedio eficaz de los males que causa la devoción del Santo Rosario; de ese Rosario que predicó Santo Domingo de Guzmán por inspiración de la Santísima Virgen y que como todos sabéis se compone de quince Misterios, divididos en tres partes: Misterio Gozosos, Misterios Dolorosos y Misterio Gloriosos. Tres clases de Misterios que son, como otros tantos dogmas de la Religión, completamente opuestos a los tres capitales errores y vicios del socialismo. Escuchad.

Uno de los errores del socialismo consiste en querer redimir a la sociedad de la pobreza mediante la nivelación del capital, y en considerar el trabajo como una carga odiosa e injusta de la que el hombre puede eximirse, y debe eximirse siempre que pueda. En cuanto a lo primero: la redención de la pobreza a que el socialismo aspira, digo que es un error, porque es un imposible; y es un imposible, porque la pobreza es una consecuencia del pecado de origen; es en muchos casos la resultante necesaria de las malas pasiones y de los vicios; es una manifestación de la vida social de esos agentes morbosos que como infiltrados lleva la naturaleza caída del hombre; y como el socialismo por muchos esfuerzos que haga no puede cambiar la naturaleza humana, ved por qué sus intentos fracasas; ved por qué siempre hubo y siempre habrá pobres entre nosotros, como dijo Jesucristo: “semper pauperes habetis vobiscum” (Mt.26,11)

En cuanto al trabajo: es un error el considerarlo como carga injusta, porque precisamente es la sanción justa impuesta por Dios al hombre en pena de su pecado. El trabajo es una ley que a todos obliga y sobre todos pesa; y el eximirse de ella, el querer eximirse de ella, esa es la injusticia. El trabajar no es injusto; lo injusto es el no querer trabajar. “In sudore vultus tui verceris pane” (Gn. 3,19). Con el sudor de tu rostro comerás el pan.

Hace más de cuatro mil años que sobre la Humanidad prevaricadora se pronunciaron estas palabras allá en las puertas del Paraíso; y la Humanidad, a pesar de las protestas de los hombres, a pesar de los esfuerzos del socialismo, llega hasta nosotros después de cuarenta siglos de existencia como un pobre caminante que va de puerta en puerta pidiendo trabajo para alimentar a sus hijos.

El socialismo cree que este resultado negativo de su malograda empresa se debe a la mala constitución y organización de la sociedad; y de ahí nace su desprecio a las leyes y a la autoridad; de ahí su rebeldía, su furor y su odio. Odio satánico que es germen y principio de todos los males y de todos los vicios; porque el odio es soberbio, el odio es envidioso, el odio es vengativo, el odio es injusto, el odio es cruel, el odio es asesino; el odio llena de tinieblas la inteligencia y de inquietudes el espíritu, y de rencores el corazón, y de tristezas el hogar y a las familias de desesperación.

A este cuadro, señores, que el socialismo me sugiere y que en nuestros días es una realidad, yo opongo los Misterios Gozosos del Santo Rosario, que como sabéis son cinco: en el primero se medita la Encarnación del Hijo de Dios; en el segundo, la visita de la Virgen a su prima Santa Isabel; en el tercero, el Nacimiento de Jesús en el Portal de Belén; en el cuarto, la Purificación de María y presentación del Niño en el Templo; en el quinto, el viaje de la Sagrada Familia a Jerusalén y la pérdida del Jesús; es decir, se medita la vida íntima de la Sagrada Familia en la Casa de Nazaret.

Miradla.

Allí todo es paz, orden, tranquilidad, júbilo y alegría celestial, ¿sabéis por qué?, porque allí reina y vive el amor, ese amor puro y santo que todo lo tolera, que todo lo perdona, que todo lo sufre, que todo lo soporta, que todo lo sacrifica en bien de los demás. Allí se vive pobremente y se trabaja en un taller de carpintería, y sin embargo, reina la alegría y la paz, ¿por qué?, porque se acepta el trabajo como una ley impuesta al hombre, que obliga a procurarse con el sudor de la frente el sustento de la vida; porque allí se ama la pobreza, y olvidados de gustos, comodidades y regalos, sólo se aspira a procurarse lo necesario para vestir y no padecer hambre. Y téngase en cuenta que el que allí trabaja con afán y vive con pobreza es Jesús, el Hijo de Dios, el que viste los lirios del campo y da de comer a los pajarillos, el que con su poder ha construido este magnífico palacio del Universo, lleno de riquezas y de encantos. Es Dios, que siendo rico por naturaleza y no teniendo necesidad de trabajar, se ha hecho hombre y se ha sometido a las leyes, por las que la Humanidad se rige para enseñarnos y darnos ejemplo. ¿No es verdad que ante este cuadro de la Casa de Nazaret, perfecto modelo de la familia cristiana, el corazón siente natural repulsa hacia las doctrinas y enseñanzas del socialismo?.

Otro de los errores del socialismo consiste en querer redimir a la sociedad del sufrimiento y del dolor mediante el goce de los placeres que dan satisfacción a las pasiones y a los apetitos. La tendencia y aspiración suprema del socialismo es gozar, gozar mientras se viva, cuanto más se pueda. Si protesta de la pobreza y del trabajo, es porque el trabajo y la pobreza no le permiten gozar del descanso y de las comodidades de la vida; si aspira al reparto de bienes y a la nivelación del capital es porque cree ha de gozar con la

posesión de riquezas; si se llena de furor y de rabia cuando por ante su vida cruzan los favorecidos de la fortuna, es porque, como ellos, no puede gozar.

Cree el socialismo que el gozar aquí en la tierra es un derecho del hombre, y por consiguiente que todo lo que a ese derecho se oponga es una injusticia. Y este es un grande error. El hombre tiene derecho a gozar, pero no aquí en la tierra, porque es ley impuesta por Dios al hombre, en pena de su pecado, el que lllore y el que sufra. Por tanto, el sufrimiento y el dolor es la ley; y el goce material y sensible, en cuanto que aspira a impedir el dolor y el sufrimiento, ese es el pecado, esa es la injusticia.

Cree el socialismo que el hombre tiene derecho a gozar aquí en la tierra; y como el goce propio, en muchos casos, es incompatible con el bien ajeno, resulta que el socialismo, por consecuencia lógica de sus principios, tiene que ser egoísta. Y si no, decidme: ¿Dónde está la abnegación del socialismo por la Humanidad? ¿Dónde están los hospitales por el socialismo levantados? ¿Dónde están las mujeres por el socialismo instruidas que con espíritu de sacrificio consagran su tranquilidad, su salud, la juventud y la vida, al servicio del pobre, del enfermo, del anciano, del desvalido, para redimirlos con sus ternuras y sus cuidados de las garras de la miseria y del sufrimiento? Y no me digan que para esto se necesita dinero y grandes capitales que el socialismo no tiene; porque yo sé que el socialismo ha levantado suntuosas Casas del Pueblo y ha empleado grandes sumas en hacer, o por lo menos en intentar, la revolución; yo sé que todos los Jefes del socialismo en Europa viven espléndidamente, y que algunos de ellos tienen muchos millones de capital; por consiguiente, el socialismo tiene dinero; lo que no tiene es espíritu de sacrificio; lo que no tiene es desprendimiento, porque en el socialismo se labora por el bien exclusivamente propio sin pensar en el bien de los demás.

Cree el socialismo que el hombre tiene derecho a gozar aquí en la tierra, y como este derecho no lo logra ni lo alcanza, su dolor es más amargo y más cruel. Y como por otra parte no tiene la esperanza de la fe ni el valor de la virtud, oprimido, agobiado por el peso del sufrimiento cruza los caminos de su existencia con el relámpago de la ira en los ojos, la imprecación en los labios y en el pecho la desesperación.

¡Lástima que esos hombres no sepan rezar el Santo Rosario! Si lo rezaran, al meditar los Misterios Dolorosos, verían a Jesús en el Huerto de los Olivos con el alma llena de tristeza y de angustia, pero hincado de rodillas, con las manos cruzadas junto al pecho y en los labios la oración; verían a Jesús azotado y cubierto de heridas, coronado de espinas y con la Cruz sobre los hombros caminar paciente y resignado al monte de su suplicio; lo verían, por último, clavado y pendiente de la misma Cruz, desnudo, sediento, ultrajado, pero tranquilo, sereno, sin odios, ni desesperaciones, pidiendo perdón al Eterno Padre por aquellos que tan cruelmente le trataban y tanto le ofendían.

Ese, ese es el libro en donde el socialismo debe aprender a llevar su fatigas y sus pesares, sus tristezas y su dolor. Ahí se enseña que el hombre se redime del sufrimiento por la humildad, por la resignación, por la paciencia y por la oración. Sí; la oración es el único bálsamo que el hombre tiene en la tierra para cerrar las heridas del corazón; y el sufrimiento, ya que no le podemos evitar, se calma y hasta se endulza abrazándose a la Cruz donde Cristo murió. Lo diré en una frase: el hombre se redime del sufrimiento, estando junto a la Cruz en pie, como la Santísima Virgen, y con los ojos puestos en el Cielo.

Pero el socialismo no mira al Cielo porque no cree en la vida futura; y este es, precisamente, su más grave y funesto error; la clave y punto de partida de todos sus errores. El hombre que después de la muerte nada espera y cree, por lo tanto, que su dicha y felicidad se cumple aquí en la tierra, es muy lógico y muy natural se entregue a toda clase de excesos y de vicios, y proteste de la pobreza, y renuncie del trabajo, y abomine del dolor, y pida un puesto en el banquete de la vida, aunque sea a costa de iniquidades y de injusticias, aunque sea derramando sangre inocente, aunque sea amontonando cadáveres e inmolando víctimas.

En cambio el hombre que cree en la vida futura, el que cree en las verdades eternas y teme a Dios, ese lleva un freno en su conciencia que reprime y sujeta las malas pasiones y los malos instintos; ese acepta las contrariedades de la vida, los pesares y el sufrimiento, con espíritu de resignación, alentado por la esperanza del premio en la otra vida; del premio de la Gloria que ha de ser su recompensa y su galardón.

Pero el socialismo ha arrancado la fe del corazón del pueblo; le ha ido arrebatando, uno tras otro, todos sus santos amores; el amor a la pobreza, el amor al trabajo, el amor al sacrificio, el amor a la Patria, el amor a la Iglesia, el amor a Dios. Todo esto a cambio de fingidos amores y de halagadoras promesas que le aseguraban en la tierra un porvenir risueño, una felicidad cumplida y una dicha completa. Y le ha hecho doblemente desgraciado e infeliz, porque el socialismo no ha dado al pueblo lo que le había prometido, y en cambio le ha quitado lo que antes tenía, el amor a la Iglesia y la fe en Dios, que era toda su esperanza, que era todo su consuelo y su única alegría.

Para combatir este terrible mal, nada más útil, nada más conveniente y más eficaz que la devoción del Santo Rosario, porque al meditar los Misterios Gloriosos, que son: la Resurrección del Señor, su Ascensión gloriosa a los Cielos, la venida del Espíritu Santo, la Asunción y Coronación de María por Reina de todo lo creado; el alma que es naturalmente cristiana, extasiada con la contemplación de estas sublimes verdades, siente renacer en su espíritu la esperanza de otra vida más dichosa, que el corazón la presiente y la fe nos dice que existe, no para los que aquí gozan y triunfan, sino para los que aquí lloran, sufren y padecen.

El pueblo, señores, mal aconsejado, seducido, engañado por hombres sin amor y sin fe, que quieren hacer de la honrada y sencilla clase obrera un escabel para su encumbramiento, se burla de la eficacia del Santo Rosario, se ríe de las prácticas de piedad, abomina de la Religión, odia al clero y se aleja de la Iglesia... Se aleja de la Iglesia para caer en las garras de la tiranía y el despotismo, para sumirse cada vez más en su desgracia y en su miseria; porque sólo la Iglesia ama entrañablemente al pobre, como le amaba Jesucristo.

En días más venturosos, la Iglesia daba al colono sus heredades, al obrero daba trabajo en sus Catedrales y monumentos, al mendigo mendrugos de pan y platos de sopa, repartidos todos los días en el atrio del templo y a la puerta de los Conventos. Hoy la Iglesia no puede dar pan, ni trabajo, ni heredades, porque, sacrílegamente despojada de sus bienes, nada posee y nada tiene; pero sigue predicando la doctrina de Jesucristo, sigue dando sus maternales consejos, y al rico le dice: “¡Oh vosotros los ricos del mundo, los que deslizáis los días de vuestra existencia gozando de una tierra para vosotros bella y fecunda, pensad que sois los administradores de Dios, a quien habéis de dar estrecha cuenta del uso que de vuestros bienes hicisteis! No neguéis nunca una limosna que se os pida por el amor de Dios. Descended a la vivienda escondida, donde suspira la indigencia, que si en ella vuestros vestidos se manchan, en cambio vuestra alma se purifica. Dad limosna. No olvidéis que el oro y la plata brillan más cuando se dan que cuando se tienen escondidos. Y no temáis que dando con largueza por el amor de Dios venga sobre vosotros la ruina, que a la caridad le pasa lo que al Sol, que está siempre dando luz, y la luz nunca se agota”.

Y luego mirando al pobre con ojos de ternura, como una madre que es todo corazón y bondad, le dice de esta manera: “¡Vosotros los que lloráis, los que sufrís en esta tierra para vosotros ingrata, no murmuréis de vuestra suerte; ni encendáis en el pecho la llama del odio; pensad que para vosotros están reservados los primeros puestos del Cielo; no ambicionéis riquezas, porque en la riquezas no habéis de encontrar la paz tranquila de que goza el alma que se desposa con la pobreza! Si el presente no os sonríe, el porvenir tampoco os asusta; si los goces no se os brindan, la conciencia tampoco os remuerde, y vuestro sueño a la sombra del árbol que cobija vuestra choza es más tranquilo y dichoso que el que duermen los Reyes y los Príncipes bajo el artesonado de su alcoba. Trabajad, trabajad y resignaos: que el trabajo honra y ennoblece; la resignación engrandece y santifica”.

Así, señores, habla la Iglesia a unos y a otros. Y que los ricos a quienes se les obligan a dar, a quienes se les imponen cargas, a quienes se amenaza con terribles castigos, cerraran sus oídos y volvieran a la Iglesia la espalda, eso yo me lo explicaría; pero que el pobre, el obrero, el pueblo necesitado de quien la Iglesia se compadece, sobre

quien la Iglesia derrama sus lágrimas, a quien la Iglesia consuela, socorre y dignifica, se declare rebelde contra ella y la haga el blanco de sus persecuciones y de sus odios, eso yo no lo comprendo, no lo concibo, ni me lo explico.

La Iglesia en todas sus instituciones de carácter social no se propone otro fin que el bien del pobre. Si levanta hospitales, es para que el pobre, el enfermo y sin recursos, halle medios de atender a su curación; si abre asilos, es para que el anciano indigente tenga una casa, que generalmente es un palacio, donde terminar sus días; si funda hospicios y casas de maternidad, es para que el niño abandonado tenga una madre de caridad que le alimente, que le eduque y que le instruya; si funda Conferencias de San Vicente, es para que el pobre vergonzante tenga quien visite su casa y con la limosna lleve a su hogar lleno de tristezas el consuelo de la Religión; si funda Sindicatos, Cajas de Ahorro y Bolsas de Trabajo, es para favorecer al pobre y mejorar su suerte. La Iglesia reconoce y defiende el derecho de los obreros a asociarse libremente, y el derecho a la huelga cuando la huelga es justa, y el derecho a las compensaciones que reparan los accidentes del trabajo, y el derecho a los socorros que remedian su ancianidad, y el derecho al descanso y el derecho a un salario justo que le permita vivir de su trabajo. ¿Por qué, porque pues, el obrero ha de odiar a la Iglesia? ¿Por qué el socialismo ha de presentar como incompatibles sus teorías con la Religión, cuando el socialismo sólo puede ser una realidad para todos beneficiosa al amparo y a la sombra de la Iglesia?

Vuelva, vuelva el obrero a sus tradiciones y piadosas costumbres; vuelva al seno de la Iglesia que es su Madre; escuche con docilidad sus consejos y sus inspiraciones; caiga de rodilla ante la imagen bendita de la Virgen y eleve hasta el cielo la plegaria de su Rosario Santo. ¡Ah! Si el pueblo practicara la devoción del Santo Rosario; si el Rosario se rezara con fe todos los días, ¡cuán distinta sería la suerte de la sociedad! Por eso termino mi oración con este consejo, que es una súplica arrancada del corazón: Hermanos míos, vamos todos a rezar el Santo Rosario.

Y Vos Virgen Pura, Madre del Verbo Divino, Reina del Santo Rosario, ora pro nobis, ruega por nosotros. Pide a tu Divino Hijo por nuestra amada Patria para que nunca se vea envuelta por las sombras del error, para que no perezca en ningún peligro. Pide por este pueblo que con fervoroso entusiasmo te consagra estos solemnes cultos para que entre nosotros siempre brille la verdad, siempre reine el amor y juntos todos y unidos por los vínculos de la Religión Santa, cantemos aquí en la tierra tus alabanzas y gocemos en el cielo las delicias de la eterna gloria. Amén.